nosotros las damos.—Llueven solicitudes, y nosotros accedemos á ellas. La Sociedad se levanta y crece, y un día dirémos, parodiando á Pelletan: ésto marcha.

¡Qué satisfacción para nosotros el día que veamos dos, tres y cuatrocientos obreros del trabajo, centenares de hijos del pueblo, marchar á un sólo compás y á la sombra de una sóla bandera! ¡Que satisfacción para los fundadores de la Sociedad el día que vean su obra concluída, su ideal realizado, su pensamiento resuelto.

Ya lo hemos dicho en otra ocación: queremos que la clase obrera sea fuerte, poderosa y respetable; queremos que la clase obrera sea independiente, libre y digna; queremos, en fin, que la clase obrera imponga con su elevación de miras y con sus obras de regeneración, de adelanto y progreso.

Tengamos paciencia y esperemos.

TEATRO.

(Adoptado.)

El señor don Francisco Antonio Durini ha hecho al Supremo Gobierno, con fecha del martes 21 del corriente, la proposición de construir un Teatro Nacional en esta ciudad.

Según los proyectos, será el mejor de Centro América.

De estilo renacimiento, por su hermosura, solidez y espaciosidad, será un soberbio edificio. El proyecto, como todas las cosas no vulgares, ha hallado opositores.

Hasta ha habido quien diga que esa clase de centros sólo sirven para desmoralizar.

Nosotros no pensamos así.

El arte debe tener movimiento y desarrollo en donde quiera que haya sociedad; en los países cultos ese deber es imprescindible. El arte, que tanto endulza las costumbres, que tanto contribuye al adelanto moral del hombre, al perfeccionamiento de su estética y á formar el gusto en todas sus manifestaciones, es sobre todo un correctivo de las inclinaciones dañosas del espíritu.—La estadística enseña que los pueblos que rinden culto al arte, son los más virtuosos, los que experimentan en menor número de casos las desgraciadas consecuencias del crimen. No se explica de otra manera como las ciudades más civilizadas de la tierra destinan ingentes sumas á la creación y fomento de conservatorios de música, academias de pintura, escuelas de bellas letras, museos y teatros. Esos certámenes del arte y del trabajo que con el nombre de exposiciones á menudo se realizan; esos monumentos que se erigen; esos genios de la esfera artística que el mundo admira y aplaude, prueban la devoción á las bellas artes de todo pueblo civilizado.

Las bellas artes educan la sensibilidad, y la sensibilidad educada, huye de lo grotezco y ruín.

La poesía, la declamación y la música, tienen por centro y por templo el teatro; y en él hallan cabida muchas otras formas del sentimiento artístico que con esmero se cultivan en todas partes.

Costa Rica no se ha apartado de este movimiento.

Sabe que las principales capitales abundan en la clase de centros á que nos referimos; pero el modesto edificio que por muchos años se llamó teatro en esta capital, ya no existe y por fortuna, pues no guardaba relación con el gusto y progreso del país.

No existiendo es indispensable reponerlo con ventaja.

La ciudad de San José no puede prescindir de un edificio de esa naturaleza. Aquí, donde predomina la consagración al trabajo; donde las virtuosas matronas sacrifican al hogar todo su tiempo, todas sus fuerzas y todos sus gustos; donde existe una juventud inteligente que tan fácilmente puede encenagarse en el vicio; es justo y útil, es de necesidad social, levantar un teatro en donde halle descanso el hombre laborioso, solaz la esposa honesta, entretenimientos decentes la juventud y hasta el obrero; éste sobre todo, que en sus ocios no tiene en estos pequeños países otro lugar de descanso y diversión que la abominable taberna.

Esto no es desconocido por nadie, y al expresarlo nosotros, agregamos con toda sinceridad, que nos mueve el interés social, el amor al engrandecimiento de la patria, sin tomar en cuenta si hay ó nó razón para que precedan al teatro otras obras que también reclama el bien común; pues su necesidad la colocamos á la altura de las que por otros rumbos contribuyentes á la educación del espíritu, como las escuelas, ó á la corrección de los perversos, como las cárceles y penitenciarías.

Todo debe hacerse, todo es indispensable; pero empecemos por algo: ese algo debe ser, en nuestro concepto, el teatro, porque él se impone como un deber de cultura, de decencia, de hospitalidad para el extrangero, á quien debemos de hacer grata de alguna manera su residencia en el país; que en cuanto á escuelas y asilos penales si bien rudimentarios, imperfectos, los tenemos.

En todas las capitales del mundo abundan los teatros: nada es más hermoso, nada embellece tanto las poblaciones, como los magníficos edificios que se consagran al arte, á la ciencia y á la religión.

De otro lado, esta ciudad es la capital del país, su inmigración crece día por día, y su porvenir es seguramente lisonjero, por su posición, por su comercio, y por sus ilustrados hijos.

Esto por sí sólo demanda la construcción de un teatro.

Ahora bien, ¿puede ser el teatro empresa municipal? Es imposible, porque los fondos del cantón son insuficientes. Tiene pues, que ser nacional. Y es justo que la nación lo haga porque los intereses que satisface, así morales como materiales, vinculan á la generalidad de la República: los beneficios del arte y el decoro de la capital, á todos aprovecha. Que se haga la obra entonces con los fondos de todos.

Una subvención del tesoro público, la mitad del producto de la lotería, y el precio en que se venda el antiguo teatro municipal, dan lo bastante para realizar la obra.

Creemos que no debe arredrarnos la suma que se presuponga: el país tiene suficientes recursos para no prescindir de las condiciones de firmeza, extención, comodidad y elegancia del edificio, ni menos para aplazar su ejecución.

Ofrezcamos al pueblo centros de cultura y honesto recreo, y las cárceles se vaciarán. Ofrezcamos al extrangero algo de lo que es elemantal en los pueblos civilizados, y tendremos asegurada su importante cooperación en la obra de nuestro desarrollo.

Cada grano de arena que se agregue á las obras que civilizan, es una muralla que se coloca delante de la taberna y del lupanar. No queremos que continúen estos sitios accesibles al pueblo laborioso y honrado por quien trabajamos.

La caridad y los huérfanos,

El sábado 18 de los corrientes bajo la impresión más conmovedora y patética que jamás hayamos podido sentir, vimos desfilar la procesión de los huérfanos de esta capital, en demanda de un pedazo de pan, del auxilio de la caridad.

Nada conmueve tanto como esas manifestaciones del desamparo y de la indigencia; nada llega tanto al alma como esas multitudes que piden, en nombre de Aquél que, todo lo dá, una limosna para aliviar sus penas, para encarrilar su paso por el mundo; nada, en fin, despierta en el hombre los sentimientos de humanidad y las fibras del corazón como esos grupos de pequeñuelos que solicitan, con la muda elocuencia de los actos exteriores, un óbolo para ampararse y un techo para guarecerse.

La Caridad no tiene Patria.

La Caridad, enseñada y practicada por Jesús en los tiempos del paganismo, se desarrolla como amparo y se extiende como amor.—Entre la caridad y el amor á penas hay un paso, paso que consiste nada más que en la manera de ser de su inspiración.

Hay corazones para quienes la voz íntima de la conciencia, esos efluvios divinos que arrancan notas de amor y de fraternidad, no significa nada el sentimiento de la caridad.— Esos corazones empedernidos no gozan: sufren siempre el aguijón del remordimiento.....

Decíamos que vimos desfilar y recorrer las calles de la capital, la procesión de los huérfanos.— Todo aquello era orden, impreso en los semblantes juvenilesde los huérfanos de ambos sexos, y amor, retratado en las personas que organizaron la función y que la dirigían con verdadero interés.

Precedía la procesión un grupo de pabellones de diferentes nacionalidades, simbolizando que la Caridad, como dejamos dicho, no reconoce patria, porque su patria es el mundo entero.— Esas banderas, extendidas en forma de palio, eran conducidas, como todos los demás objetos, por los mismos huérfanos.— Seguían unos cuatro, á modo de escudos, con leyendas exprecivas y unas banderolas con inscripciones alusivas al acto.

A continuación caminaban en grupos bien definidos los gremios de niños, divididos en carpinteros, sastres y talabarteros. — Ostentaban, llenos de satisfacción y reconocimiento, los productos de su temprano trabajo, con el cual un día podrán sustentar á sus familias y ponerse al abrigo de las privaciones por falta de un oficio ó una industria.

Doña Celina, con esa abnegación sublime y propia de las mujeres de su clase, dirigía la procesión.— Ella, entre todas las demás señoras y señoritas que la ayudaban, sobresalía y se distinguía.— Su corazón es una llama de amor, un foco de cariño para el desvalido hijo de la desgracia.— Ella, como la mujer de la Biblia, tiene un corazón para sus hijos y otro para los agenos.— Feliz ella que comprende su misión, y dichoso el pueblo que puede contar con una matrona de tantas virtudes y tantas exelentes condiciones.

La banda de música que acompañaba la procesión, amenisaba la marcha con es-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.